

Rilke, sin moradas

JOAQUÍN RUBIO TOVAR

Universidad de Alcalá

RESUMEN

Si se exceptúan las breves estancias en París, puede decirse que Rilke no tuvo nunca una residencia fija a la que volver con la conciencia de que fuera su hogar. Lo corriente es que viajara, sobre todo entre 1898 y 1914, y lo excepcional que residiese una temporada en algún lugar. No debemos considerar al poeta un viajero en el sentido convencional del término. Rilke buscó paisajes, cuadros, rincones anónimos en cualquier ciudad y cuando tuvo clara la arquitectura de sus *Elegías*, viajó con el fin de hacer acopio de imágenes, de símbolos, que le sirvieran para expresar el universo que había entrevisto. Sin la experiencia de Toledo o Ronda, y sin el viaje a Egipto, Rilke no habría completado su obra o lo habría hecho de otra manera. El poeta rehuyó siempre un centro, un lugar fijo, un punto de llegada que supusiera no buscar más. Esta errancia condiciona su vida y su literatura.

ABSTRACT

If we except the short time that he spent in Paris, we could say that Rilke never had a permanent residence to which he could return and which he felt as his home. In normal circumstances Rilke was travelling, as it happened particularly between 1898 and 1914. It was exceptional that he stayed in a fixed place for some time. And yet we should not consider this poet as a traveller in the conventional sense of the term. Rilke's intention was to look for landscapes, paintings and unknown spots in any town. When he defined the general structure of his *Elegies*, he travelled with the purpose of gathering images and symbols which were capable of expressing the universe that he had glimpsed. Without his experiences in Toledo or Ronda, and without his travels to Egypt, Rilke would never have finished his

literary works or they would have been completely different. Rilke always avoided centres and fixed places, as well as any point of arrival which put an end to his search. Rilke's wanderings condition his life and his literary production.

PALABRAS CLAVE: Viaje, viajeros en el siglo XX, Rainer Maria Rilke, literatura alemana del siglo XX, historia de la literatura.

1. ¿VIAJERO, NÓMADA, TROTAMUNDOS...?

Los años entre los que vivió Rainer María Rilke (1876-1926) estuvieron marcados por hechos históricos relevantes: la primera guerra mundial, la revolución rusa, el tratado de Versalles, la desmembración del Imperio austro – húngaro y los años del hambre. Pero varios hechos íntimos condicionaron también su vida: la enfermedad, la lectura, algunas mujeres, la poesía, la pintura y los viajes. De este último asunto tratan las líneas que siguen.

El lector de la biografía de Rilke o de su vasto epistolario, se sorprende ante sus viajes continuos. Si se exceptúan las estancias en París, que nunca pasaron de unos meses, puede decirse que Rilke no tuvo nunca una residencia fija a la que volver con la conciencia de que fuera su hogar. Lo corriente es que Rilke viajara, y lo excepcional que viviese una temporada larga en algún lugar. De acuerdo con esto, no debemos considerar al poeta un viajero en el sentido convencional del término. Rara vez salió Rilke de una misma ciudad para realizar un viaje y regresar después a ella. En este artículo me propongo recordar la opinión del escritor y la de la crítica acerca de este hecho singular, así como la trascendencia que pudo tener este nomadismo en su literatura.

Rilke nació en Praga, ciudad que se sitúa en el umbral entre el mundo eslavo y el germánico, y en la que se dan cita el mundo católico, el protestante y el judío. Es posible que el interés rilkeano por la mística, el Antiguo Testamento y la vida de los santos empiece en la ciudad checa, y no han faltado biógrafos y críticos que han señalado el carácter fronterizo de esta ciudad como antecedente de su inquietud geográfica y espiritual, de su vida proyectada entre lo individual y lo cosmopolita. Pero no resulta fácil adscribir a Rilke a una nacionalidad concreta, ni creo que este extremo facilite la comprensión de su literatura. Hablando de Kafka, Czeslaw Milosz recordaba el escaso interés que supone responder a la pregunta por la nacionalidad. El interés por su lugar de origen tiene sentido en la Europa occidental, pero Kafka, Rilke y tantos otros autores, provienen de otra Europa, donde las nacionalidades cohabitaban (hasta 1919)

dentro de unos complejos estados en los que la identidad se conquistaba a través de determinaciones lingüísticas, sociales, políticas o religiosas. No niego que el lugar de nacimiento favoreciese el interés del poeta por las lenguas y estimulase el interés por conocer tierras y literaturas, pero creo que no fue la única razón que le llevó a vivir sin una casa, sin una morada a la que regresar después de sus viajes.

El viaje no es un accidente sino una constante en su biografía. El nombre de países o ciudades que recorrió ha pasado a encabezar títulos de artículos y capítulos de libros que se le han dedicado (sean biográficos o críticos: Rilke y Rusia, Rilke e Italia, España en Rilke, Rilke y Venecia). Finalmente, la huella de sus viajes es constante en su obra poética. Transposiciones del viaje aparecen en *Nuevos poemas*, en *Malte*, en las *Elegías del Duino*, los *Sonetos a Orfeo*, etc. Este hecho debe tomarse con la precaución que recomendaba el teórico Eikhenbaum: cuando la realidad entra en la literatura, se convierte en literatura. La legión de críticos y glosadores de las cartas y la literatura rilkeana ha hecho depender el significado de un poema de la estancia en un lugar, y este proceder ha desenfocado muchas veces el significado de los poemas y ha emborronado la tarea crítica. De todo ello hablaremos enseguida.

2. DE SAN PETERSBURGO A RONDA

Habría que recordar en un capítulo aparte la lista de ciudades y pueblos que visitó Rilke, pues es verdaderamente extensa. Sólo señalaré que entre 1898, año en que abandonó su Praga natal, y 1914, sus itinerarios le llevaron desde Moscú y Kiev a Ronda, desde Zoppot (Sopoty), cerca de Dantzig, hasta El Cairo, desde Escandinavia al Norte de África, desde el Volga hasta el Guadalquivir.

La existencia nómada es la constante en Rilke, y lo excepcional, que establezca vínculos duraderos con algún lugar. Al margen de su relación con París, de la que hablaré después, los viajes que más le influyeron fueron los que realizó a Rusia, Escandinavia, Italia, Egipto y la estancia en Toledo y en Ronda. Me referiré brevemente a ellos, pero el lector no debe olvidar que junto a estos viajes de varios meses se desarrolla también el *perpetuum mobile* de su existencia. Estancia de breves días en casas de amigos, viajes para impartir conferencias, trenes, hoteles..., desarraigo de una realidad concreta, en definitiva. Estos viajes continuos reflejan para algunos un alma desasosegada, síntoma de una verdadera «*détresse physiologique et psychologique*.» (Robinet de Cléry: 1958, 42)

El 17 de marzo de 1926, poco antes de su muerte, escribía a una joven amiga que le preguntaba por los hechos que más le habían influido en su vida:

«Quizá se debería volver a la infancia, quizá sería necesario hablar de ciertos viajes, de encuentros, de haber vivido en tales o cuales ciudades. Usted ya se puede imaginar cuánto influjo han tenido en mí ciertos ambientes, varios países en que, por una repetida paciencia y generosidad de mi destino, he permanecido no sólo como un viajero, sino que he podido realmente habitar con las más vivas conexiones con el presente y el pasado de esos países (...) [Pero] lo decisivo fue Rusia, porque en los años de 1899 y 1900 no sólo me abrió un mundo que no admite ninguna comparación, un mundo de dimensiones inauditas, sino que también, en virtud de lo dado humanamente allí, pude sentirme fraternalmente entrañado entre los hombres (...) Rusia (usted lo nota en mis libros, como por ejemplo en el *Libro de las horas*) se convirtió, en cierto sentido, en el fundamento de mi experiencia y mi sensibilidad.»

Rilke viajó a Rusia en 1899 y en 1900, y proyectaba hacer un tercer viaje que no realizó nunca. El primero lo llevó a cabo con Lou Andreas Salomé y con su esposo, entre abril y junio de 1899, y el segundo, solamente con Lou, entre mayo y agosto del año siguiente. Rilke preparó ambos viajes a conciencia, sobre todo el segundo. Dedicó varios meses a estudiar el arte, la literatura y la lengua rusas.

El poeta consideró sus viajes a Rusia una vivencia excepcional. Moscú se identificaba para él con la experiencia cristiana de la Pascua. El periplo por el sur de Rusia vino a ser una especie de peregrinación por «tierra santa», cuyas etapas fueron la visita a Tolstoi, la ciudad santa de Kiev, las aguas del Volga, los *mujiks* que viven en el temor de Dios... Pero por encima de todo, es el país de la estepa infinita, sin medida, y de quienes la habitan. Rusia es el país del campesino que construye su casa con la madera de los bosques centenarios, el país de las gentes que peregrinan hacia un santuario lejano. Durante su segunda visita Rilke pasó junto a Lou varias semanas en San Petersburgo y allí alternó con artistas, escritores y profesores, visitó galerías de arte, museos, bibliotecas y teatros. En casi todas las obras de Rilke es posible encontrar huellas de sus dos viajes a Rusia.

Charles du Bos escribió que había nacido a los diecisiete años, la edad en la que descubrió la filosofía de Bergson. Goethe tuvo la impresión de 'renacer' cuando conoció Italia. Rilke hubiera podido declararse nacido a los veintidós, según decía Ellen Key en *Seelen und Werke*, al referirse al primer viaje a Italia de nuestro poeta. Rilke conocía Italia desde su infancia, pero esa experiencia no tiene nada que ver con la visita del año 1898. En ese año escribe un *Diario* para Lou Andreas Salomé, y en él esboza ya cuál considera que será su tarea futura. Aunque en los *Cuadernos del Malte Laurids Brigge* exprese con claridad su deseo de ver claro en sí mismo y escuchar el

lenguaje de las cosas, este afán aparece ya claramente en las páginas que escribe en Italia. También está bosquejada en su *Diario* una nueva visión del mundo en la que está presente el Dios de los artistas como Botticelli y fray Angélico, la primavera de Dios sobre la que meditaba el monje florentino del *Libro de las Horas*.

Rilke nunca olvidó la experiencia de Rusia. Había encontrado su «patria espiritual» en este «país por llegar». El poeta cree descubrirse en ese pueblo que se busca y espera su hora. Ha tenido la revelación de un mundo donde parece que Dios había confiado su tarea a los artistas. Pero también la experiencia de España fue muy intensa. Toledo y Ronda evocan para Rilke la existencia de un mundo que está fuera de lo meramente sensible. Es revelador que el poeta tuviera conocimiento de España a través de la pintura de Zuloaga y de El Greco. Toledo y Ronda, las dos ciudades que visita, aparecen como desrealizadas ante sus ojos. Ambas han entrado en el ámbito de lo artístico, en el ámbito de la pintura y se han elevado hasta el mundo del ángel. Ambos enclaves son jalones en el camino que lleva más allá de lo real. Para Robinet de Cléry hay que hablar de «une influence plus purement intérieure de ce pays sur l'homme, d'abord, sur l'oeuvre ensuite. C'est dans l'Espagne méridionale que Rilke eut, pour la seconde fois de son existence, la vision directe de la divinité. » (1958 : 45)

Algo parecido puede decirse de su experiencia en Egipto. El poeta partió a mediados de noviembre de 1910; el 26 de noviembre escribió desde Argel, el 17 de diciembre estaba Túnez; en enero del año siguiente remontó el Nilo, el día 18 llegó a Luxor. La visión del valle del Nilo y del arte que expresa una vida más allá de la muerte nos lleva a la décima de las *Elegías del Duino*. Es aquí donde el poeta encuentra una imagen lo suficientemente grandiosa para terminar su poema. Algunas ciudades egipcias, rodeadas por una llanura de tumbas y sitiadas por los muertos (más reales que sus vivientes), le permitieron percibir la vitalidad de las creencias que hacían posible esos monumentos. Atravesó también el valle donde descansan los faraones de viejas dinastías, «cada uno bajo el peso de una montaña entera, sobre la cual el sol se apoya todavía, como si el retener a los reyes fuera superior a su fuerza», según decía en una de sus cartas. Rilke se sintió muy próximo al mundo religioso de Egipto, donde la vida no era más que una preparación para la muerte. Es posible que el país de las lamentaciones de sus poemas sea un trasunto del Egipto que percibió. En la novena de las *Elegías* aparece el alfarero de las orillas del Nilo y en la sexta un recuerdo de Karnak. La escasa parte de Oriente que descubrió le inspiró una enorme simpatía que no hizo sino aumentar cuando visitó la mezquita de Córdoba.

La estancia en los países escandinavos no fue una experiencia como la de Rusia, pero también dejó huella en la obra del lírico alemán. Copenhague le atrajo y le espantó a la vez, según confiesa en las cartas del 4 de diciembre de 1904, pero tam-

bién es verdad que se sintió cautivado por Charlottenlund. No es casualidad que el protagonista de Malte Laurids Brigge fuera un estudiante danés. Ellen Key le mostró las tierras de Escania (península de la Suecia meridional, entre el Sund y el mar Báltico). Aquellos paisajes le inspiraron algunos de sus mejores poemas, como «Atardecer en Skåne».

3. PARÍS

«Plazas, oh Plaza en París, infinito escenario
donde la modista Madame Lamort
enlaza sin descanso las sendas de la tierra, cintas
inacabables, las anuda y teje»

Esos versos de la quinta elegía sirven para caracterizar la vida errabunda y desasegada del poeta. París, sede de Madame Lamort y domicilio habitual de Rilke, es, como escribía Ferreiro Alemparte, el punto centrifugador que una y otra vez le arrojó a los extremos de Europa y a los confines de la existencia. Esta ciudad fue el único lugar en el que Rilke se estableció un tiempo más o menos largo, la única ciudad a la que regresó una y otra vez para quedarse, y entre todos sus domicilios destaca el de Meudon-Val-Fleury, en la Villa des Brillants, es decir la casa de Rodin, de quien fue secretario personal.

París lo aterró y fascinó a un tiempo, y durante toda su vida existió entre él y la ciudad una relación singular. Rilke miraba con recelo la vida moderna, temía y despreciaba su industrialismo y su afán de sensaciones y placeres engañosos. En algunas de sus primeras cartas expresó la turbación que le producía la ciudad, pues se alojó en un hotel del barrio latino y sus primeros pasos le condujeron al barrio de las clínicas (Vâl de Grace, Hospital Cochin), que puso ante sus ojos una galería de convalecientes, enfermos y mendigos. Sin embargo, con el tiempo la urbe lo acabó hechizando y representó una constante en su vida. París fue la ciudad de los museos, la pintura (Cézanne,) y la escultura (Rodin) y en ocasiones llegó a considerar que era el marco ideal para su vida creadora. Sin embargo, le abrumaba de tal manera que, a veces, necesitaba abandonarla. En el período comprendido entre 1902 y 1914, Rilke partió de París para visitar ciudades situadas en diez países distintos, a saber, Francia, Italia, Alemania, Austria, Dinamarca, Suecia, Bélgica, Norte de África, Egipto y España, o sea, casi un país por año. En ninguno de ellos se sintió verdaderamente a gusto. Buscaba un 'lugar ideal', y si bien hablaba a veces con añoranza de Rusia, tampoco esta tierra lo era. Nunca volvió a ella.

Así pues, se perciben en Rilke algunas actitudes contradictorias, de las que se nutre a veces su literatura. Era exigente y sensitivo en grado sumo, estaba divorciado en ciertos aspectos de su tiempo, aunque en otros fuera muy de su época. Ansiaba la soledad, belleza y el espacio, que se le antojaban necesidades vitales, pero no podía prescindir de la pintura, de los contactos con editores, de París.

4. HEIMWEH Y FERNWEH

No es sencillo ni conveniente encontrar un modelo de viaje o de viajero para el nomadismo de Rilke. Estamos lejos del viajero romántico, pero también de quien iniciaba el *grand tour*. Ni un modelo ni otro se amolda a la figura inquietante de este peregrino en busca de otra clase de saber. La búsqueda constante hace pensar que para él la verdad o la revelación está siempre en un lugar distinto a aquel en el que se encuentra. Esta tensión es una de las razones que le mueven a cambiar de residencia, a evitar un confortable equilibrio que le impida seguir buscando. Pero es necesario señalar que Rilke añoró un centro, un lugar de paz en el que descansar. El poeta vivió permanentemente bajo la tensión de dos inclinaciones contrapuestas: por un lado la nostalgia de una vida sedentaria entre sus amigos y en cercana convivencia con la naturaleza, y por otro la necesidad imperiosa de la soledad y del retiro, de la estricta independencia. (Holthusen: 1968, 115)

En septiembre de 1900, Rilke proyectaba hacer un tercer viaje a Rusia y en una carta a Paula Becker confesaba que Rusia había llegado a ser para él «lo que su paisaje es para usted: patria y cielo...» Iba más lejos en su confesión a Clara Westhoff, quien sería su esposa: «Vuestra patria fue para mí, desde el primer momento, algo más que un refugio acogedor. Fue también patria, la primera patria en la que he visto vida humana (por lo demás, todos viven en país extraño, todas las patrias, empero, están vacías...).»

Sin embargo, junto a la consideración de que había encontrado una patria en Worpswede y Westerwede (dos pequeñas aldeas cercanas a Bremen donde vivían, en un ambiente muy *fin de siècle*, algunos pintores y escultores) pensaba que debía ponerse en guardia:

«¿Comprende usted que sería una infidelidad si yo hiciera como si ya, completamente satisfecho, hubiera encontrado lugar y patria? No me está todavía permitido tener casa, no me está permitido morar. Lo mío es vagar y esperar.»

A pesar de este y otros testimonios, el poeta estimó que había llegado para él la hora de la estabilidad y el equilibrio, y contrajo matrimonio con Clara Westhoff. En

lugar del país que buscaba y de las obras que deseaba escribir, Rilke puso un hogar, una familia: «Para mí, el matrimonio (...) fue una necesidad. Mi mundo estaba librado a todos los vientos; sin un contorno protector, necesitaba para desarrollarse, de una casa apacible que fuera suya bajo los vastos cielos de la soledad», escribía el 8 de enero de 1902, poco después de su matrimonio. Y El 6 de enero celebraba su vida idílica en Westerwede: «Imagináos un hombre solitario que, sin país, tiene por fin una casa en el vasto 'Moor', una mujer reflexiva, a la que ama y, desde mediados de diciembre, una muchachita, Ruth, es decir, todo eso que protege del mundo.»

Sin embargo su idea de arte y de vida, su crónica inestabilidad, la voluntad de evolucionar, de cambiar, le llevaron a separarse de su esposa. Como he dicho, en Rilke se unen, dos tendencias aparentemente antitéticas. Por un lado la necesidad de encontrar la patria espiritual, el lugar de una revelación, y por otro la nostalgia de una vida sedentaria. Podría presentar al lector un verdadero rosario de citas en una dirección y en otra, pues el epistolario del poeta es muy rico. El 3 de febrero de 1923 escribía desde Muzot:

«¡Oh los viajes! El impulso de partir de pronto, casi sin saber a dónde, ese lo conozco, en este punto estaríamos incomparablemente de acuerdo. Cuántas veces mi vida se ha encontrado enteramente concentrada en ese único sentimiento de la partida; ¡partir lejos, lejos; y ese primer despertar bajo un cielo nuevo! Y reconocerse en él; no, aprender más aún de él. Sentir que también allí donde no se estaba nunca, se *continúa* algo, y que una parte de nuestro corazón, inconscientemente indígena bajo ese clima desconocido, nace y se desarrolla desde el instante de nuestra llegada y nos dota de una sangre nueva, inteligente y maravillosamente instruida sobre cosas que es imposible saber. (...) ¡Qué delicioso es despertarse en cualquier lugar donde nadie, nadie en el mundo, puede adivinar que uno está! Algunas veces me he detenido inesperadamente en ciudades que se encontraban en mi camino, solamente para saborear esta delicia de no poder ser imaginado estando allí por ningún ser viviente, ni alcanzado por ningún pensamiento de los demás. Hasta qué punto esto añadía ligereza a mi alma, me lo recuerdan ciertos días en Córdoba en que yo vivía como un cuerpo transfigurado, a fuerza de estar completamente ignorado. Qué dulzura quedarse en una pequeña ciudad de España, nada más que para entrar en relación con algunos perros y un mendigo ciego (...)»¹

1 Tomo la cita de Bermúdez Cañete: 1987, p. 169. La huella que deja la visita de Rilke a España fue muy honda, en particular, la que dejan el arte y el paisaje de Toledo y Ronda. Salió, literalmente, huyendo de Madrid (lo que denota buen gusto), y ni siquiera las pinturas del Museo del Prado pudieron retenerlo más de unas horas.

Y sin embargo, Rilke no se siente a gusto en ese perpetuo vagar, en la búsqueda constante, en sacrificar todo por una expresión poética que no llega o que, para alcanzarla, debe sacrificar la vida entera:

«Debo decirte, Lou, que tengo la sensación como si lo que a mí tal vez me podría ayudar fuese un ambiente semejante al que he tenido a tu lado en Schmargendorf: largos paseos por el bosque, andar descalzo y dejar crecer la barba día y noche, un cuarto templado, y la luna tantas veces como se digne salir (...) y oír la lluvia o la tempestad como si eso fuese Dios mismo. Cuando hagas algún viaje, querida Lou, acuérdate y toma nota por si ves algún lugar donde esto pudiera ser factible. A veces pienso en la Selva Negra, en la comarca de Triberg, en Rippolsdau; otras veces pienso nuevamente en Suecia, por ejemplo en casa de Ellen Key (pero mejor quisiera no estar ‘en casa’ de nadie), o en su cercanía junto a un lago en medio de los bosques, o en la proximidad de una pequeña ciudad universitaria alemana, pues tener libros, o mejor todavía una persona con quien se pudiera aprender, eso sería, naturalmente, ideal.»²

Algo parecido le escribía a Ellen Key:

«Lástima que yo no tenga una casa solariega, una habitación bien mía con unos cuantos objetos viejos y una ventana delante de la cual haya añosos árboles (...)»³

5. INTERLUDIO: LAS PALABRAS DEL POEMA

Rilke nunca consideró Praga, Munich o Berlín su patria. Patria (*Heimat*) significaba para él la síntesis de las condiciones humanas dadas en una peculiar entrega ‘íntima’:

«Patria es la totalidad del ser en su configuración reveladora, en una disposición canonizada por el sentimiento. Los estados anímicos del ser pueden llamarse París, Toledo, Suecia o Italia. Rusia, allí donde aparece, es algo meramente elemental, una poderosa y fraternal constelación de ‘Dios’, «Pueblo» y «Naturaleza». (Holthusen: 1968, 64)

2 Tomo la cita de *Epistolario Español*, edición de Ferreiro Alemparte, p.201.

3 Carta a Elen Key desde Villa Strohl-Fern en Roma, del 9 de mayo de 1904.

La patria tiene que ver con el carácter creador del ser, tal como lo describe en un apunte escrito en San Petersburgo en julio de 1900:

«Pasar días y noches, muchos días y muchas noches sobre el Volga, sobre este mar que rueda tranquilo. Un caudal que se dilata cada vez más, con altísimos bosques en una orilla, y en la otra profundos brezales; donde se levantan también grandes ciudades, tan sólo como si fueran chozas o tiendas de campaña. Se aprenden de nuevo todas las dimensiones. Se tiene esta experiencia: la tierra es grande, el agua es algo grande, y grande es, ante todo, el cielo. Lo que yo había visto hasta ahora era sólo una imagen de la tierra, del río y del mundo. Pero aquí es el todo mismo. Me parece como si hubiera sido testigo de la creación; pocas palabras para todo lo existente, las cosas de acuerdo con las medidas del Dios Padre.» (31 de julio de 1900 en San Petersburgo).

Esta clase de formulaciones han invitado a algunos críticos a establecer un estricto paralelismo entre el estado anímico del poeta y el paisaje externo. «Rusia, dice Angelloz, se convertiría para él en la gran experiencia de su vida profunda.»(1952, 60)⁴ Ferreiro Alemparte decía que el poeta recorrió Europa y el norte de África «espoleado por la búsqueda de un correlato externo que le diera la justa medida para la objetivación de un paisaje interior» (Ferreiro: 2000, 20), y que su peregrinar obedece a una íntima necesidad de concentración. Rilke no tuvo patria oficial ni hogar, pero supo crearse un hogar en su interior: «El mundo exterior era para él como la proyección de su mundo interior, el medio donde reflejarse y adquirir conciencia de la propia realidad.» (2000, 24) Pero no trató sólo de apropiarse de paisajes, sino también de los contenidos espirituales (presentes y del pasado) de los pueblos que visitó. «La cultura para Rilke no era de ningún modo una cuestión de acarreo o acumulación de elementos, sino (...) algo espiritual que incorporaba a su propia sustancia. Esta observación nos llevaría a examinar las esferas histórico-culturales a las que se sintió más vinculado.» (2000, 25) El crítico mencionado llega a señalar que el poeta quiso hacer de Europa, como síntesis de paisaje vivido, una equivalencia o trasunto de su cosmos humano y trascendente. Es probable que los intérpretes y glosadores de la obra rilkeana se ha-

4 «Cuando vine a Moscú por primera vez, todo me era conocido y familiar desde hacía largo tiempo. Era por Pascua. Me pareció que eso era como mi Pascua, mi primavera, mi buena nueva. Era la ciudad de mis recuerdos más antiguos y más profundos. Sin cesar veía campanas que me hacían señas. Este era mi país.» (La cita procede de Ellen Key, *Seelen und Werke*. La reproduce Angelloz en p. 62).

yan excedido a veces a la hora de hablar del interior del poeta, como si ese hondón fuera una superficie en la que se imprimieran las vivencias del poeta y se tradujeran después de manera fotográfica en sus poemas. No seré yo quien acepte, sin fisuras la influencia capital que dejan los viajes, o mejor, el vivir viajando, en la literatura del poeta, pero tampoco dejaré de considerar que el estudio de la relación entre la vida y la obra es un fértil lugar de pensamiento que está lejos de haberse agotado.

No sobra seguirse preguntando por la naturaleza de los vínculos que unen la realidad y la literatura y plantear un viejo interrogante: ¿De dónde vienen las palabras de un texto? No es difícil responder que del universo del lenguaje oral y del escrito, es decir, de lecturas, conversaciones, de la experiencia anterior de la escritura, pero también del propio acto de escribir. Algunos lectores deconstruccionistas consideran que la elección de unos términos y la atracción que ejercen unos sobre otros, así como el poderoso mecanismo de los tropos y la musicalidad de los versos, hacen que aquello que se llamaba *significado* gire solamente en el poema. La fuerza de gravedad de estas acciones es tal que, para estos lectores, el significado es una ilusión que se resuelve en el interior del texto.

Tengo serias dudas acerca de estas consideraciones, y también de que la experiencia del lector sea el texto y sólo el texto. La experiencia de leer, la estrategia de la lectura ¿es un viaje que se inicia en un poema y nos devuelve a él sin una transformación? No. La experiencia de leer nunca nos lleva al mismo texto. Ningún poema permanece incólume una vez que se ha pasado por él. Si tras la lectura el poema sigue siendo una unidad que no ha sido atravesada, modificada, por la experiencia, la memoria y la imaginación del lector (es decir, por la vida), por lecturas anteriores (y quizá futuras), entonces es que no lo hemos leído. La lectura nos lleva a un lugar que no puede ser el mismo texto cuya lectura iniciamos antes. Si la escritura es un cuerpo ignoto que no se nos muestra terminado, la lectura es también un viaje inacabado que, si terminara, nunca nos llevaría al punto de inicio, como si en el trayecto no hubiera pasado nada. Hay un punto en el que la experiencia, la vida, se cruza con las asociaciones de palabras que crean el poema. La imaginación, la experiencia anterior —la vida—, hace que se convoque un universo que se une, en el momento de la lectura, con las palabras del poema. Así las cosas, me parece legítimo no ya reivindicar experiencias no textuales para interpretar algún texto, sino la necesidad de considerar lo que no está presente en el poema para entenderlo.

Una de las tareas más difíciles de la crítica es explicar la relación entre una vivencia y su expresión escrita. En el terreno de las influencias es pertinente recordar la distinción, establecida por Claudio Guillén, entre influencia como suceso biográfico, vivido como algo que le sucede *al escritor* durante la fase de incubación o creación

de una obra, y que se une a experiencias no sólo literarias, y lo que él llama: «presencia en el texto de la obra de reminiscencias, asociaciones, paralelismos o parecidos que pertenecen al vocabulario más amplio del autor y pueden o no revelar algo como un importante o significativo influjo de obras y escritores anteriores.» (1989: 116)

El viaje, la vida convertida en viaje, corresponde, claramente a la primera de las categorías. Rilke no escribió sólo para plasmar en una cuartilla ciertas palabras que fluían en su mente, y para que algunas frases encontraran acomodo en lo que llamamos *significado*. El poeta entendía el arte como una desrealización del mundo, como una práctica que salvaba la realidad interpretada de la cotidianeidad y entraba en un orden diferente de relaciones. La experiencia del viaje es de enorme interés en esta tarea. Otra cosa es que se atribuya a cada etapa de uno de sus viajes, el verso de un poema. Pero de ahí a despreciar los testimonios de los viajes como si fueran meros accidentes, palabras que giran en órbitas distintas a las del poema, va un abismo. El viaje es una experiencia básica en el arte de Rilke. El poeta necesitó acudir a expresiones muy variadas: pintura, escultura, pensamiento, literatura y música (desde Rodin y Cézane a El Greco y Botticelli, desde Hölderlin y Beethoven, a San Agustín y Dante) y el viaje le permitió conocer y contemplar. El poeta buscó paisajes, cuadros, rincones anónimos en cualquier ciudad. Es más: creo que desde el momento en el que Rilke tuvo clara la arquitectura de sus *Elegías*, viajó con el fin de hacer acopio de imágenes, de símbolos, que le sirvieran para expresar el universo que había entrevisto. Sin la experiencia de ciudades como Toledo o Ronda y sin el viaje a Egipto, Rilke no habría completado su obra o lo habría hecho de otra manera. En una carta escrita al final de su vida lo expresaba claramente: «La verdadera síntesis de países tan heterogéneos, gracias a la apropiación incondicional de influencias afines, ha tenido lugar tan sólo en mis libros más recientes, los *Sonetos a Orfeo* y las difíciles *Elegías* (...)»

6. EL VIAJE POR LAS LENGUAS

No resulta fácil situar sin problemas a Rilke en la historia de una literatura concreta, a no ser que nos acojamos a la llamada «literatura universal». En el terreno práctico, Rilke pertenece a la literatura alemana. El poeta escribió la inmensa mayoría de su producción en alemán y no hubo que esperar mucho tiempo para que su obra literaria se acomodase en los manuales de literatura alemana. Pero no creo que Rilke se considerara de esa nacionalidad, por más que se expresara en esa lengua. Su cuna tampoco fue Francia, aunque París fuera uno de los lugares que escogió para vivir y trabajar durante algunas temporadas. Las estrategias lingüísticas que invitan a proclamar expresiones como: «la patria de Rilke fue Rusia, aunque escogiera el alemán

para expresarse», no pasan de ser un brindis al sol. Rilke ha entrado en las historias de la literatura escrita en alemán, aunque disponga también de un rincón en las historias de la literatura francesa.

Conviene, sin embargo, reconocer que su condición de autor que no tuvo residencia fija invita a pensar en las dificultades que existen para arraigar su literatura en un contexto social y político concreto. No digo que su literatura no responda a una ideología y que pueda anclarse en un momento histórico, sino que el universo de palabras que forman su literatura proviene de sus experiencias nacidas del contacto con muchas realidades europeas. Estamos ante un poeta que rebasa con mucho los límites de lo nacional.

El profesor Barjau se veía obligado a recordar las circunstancias vitales en que nacieron los libros de Rilke, no tanto por afán de biografismo, sino por necesidad hermenéutica. Barjau insistió en la importancia de los lugares de residencia, el círculo de amigos en que se movió cada momento para aclarar las fuentes de inspiración de sus poemas. Dentro de esta óptica hay que señalar una circunstancia interesante. Cada libro o grupo de libros surge en una plataforma geográfica y social –la ciudad en que tales libros fueron escritos y el círculo de amistades en el cual se movía en aquel momento– y en una plataforma existencial y poética –las experiencias, los lugares y las gentes que inspiraron cada singladura–; y aquí está lo peculiar del caso de Rilke, pues estas dos plataformas no suelen coincidir. En Rilke se da una especie de rumia poética de la realidad vivida; el poeta cambia de residencia, se integra en un nuevo círculo de amistades –guiado siempre por la voluntad de ‘cambiar de vida’ y de reorientar su obra– y en la nueva circunstancia y bajo el imperativo de sus nuevos proyectos, elabora poéticamente la experiencia que ha vivido en la etapa inmediatamente anterior. (Barjau: 1995, 836 y ss.)

Los viajes condicionan su literatura de manera determinante. Su existencia misma puede ser representada como una serie de tentativas por alcanzar una esfera definitiva alrededor de su yo, pero sus mundos provisionales fueron, sucesivamente, pragués, ruso o alemán, es decir, eslavo y germánico y luego, a partir de 1902, francés y latino:

«Entre 1902 y 1910 se sitúa la esencial etapa durante la cual Rilke siguió la larga avenida espiritual que lo condujo hacia el Occidente y La Latinidad. Tomó contacto con Rodin y Cézanne, con París y Francia, con Roma y Duino, con España y Egipto, es decir, con el mundo mediterráneo. Fue esta una nueva revelación que, acelerando el ritmo de su descubrimiento del mundo, lo condujo a los *Nuevos poemas* y a los *Cuadernos de M.L. Brigge*.» (Angeloz: 1955, 107)

Rilke escribió en alemán, pero un alemán *sui generis*, que se plegó a su voluntad de configuración y sentimiento, como sucede a veces con el español de Juan Ramón Jiménez en sus últimas obras. Lo que es evidente es que la lengua alemana no es elemento determinante de nacionalidad, y que su esfera lingüística no aparece constreñida en los límites de la expresión alemana. Leyó a poetas rusos en su lengua y también los tradujo, y llegó a escribir algunos poemas en ruso. Estudió el danés en los libros de Jacobsen y tradujo las cartas que Kierkegaard escribió a su prometida. Sabía el suficiente español como para leer el libro de Cossío sobre El Greco y al final de su vida leyó a San Juan de la Cruz en su lengua. En los últimos años se comunicaba, sobre todo, en francés. Una parte de su vastísima correspondencia y algunos de sus poemas están en esta lengua. Fue, además, traductor excepcional de algunos poemas de Valéry. Tradujo dos sonetos de Petrarca y comenzó una versión de *Vita nuova* de Dante, que se perdió en el bombardeo del castillo de Duino.

7. EL VIAJERO SIN MORADA

Salvo las estancias de algunos meses en París, Rilke vivió sin establecerse. Su talento literario, el éxito de algunas de sus obras y los contactos con editores le hubieran permitido instalarse en Berlín, en Hamburgo o en cualquiera de las ciudades alemanas. Sin embargo no se estableció nunca, e incluso en Muzot, cerca ya de la muerte, planeaba pasar una larga temporada junto al Mediterráneo. Los biógrafos acuden a su temperamento (hay mucha literatura escrita sobre su enfermedad nerviosa, su carácter solitario, su inestabilidad emocional, su dificultad para vivir) con el fin de explicar el permanente cambio de residencia. Rilke rehuyó siempre un centro, un lugar fijo, un punto de llegada que supusiera no buscar más, que exigiera unas obligaciones que no fueran buscar, cambiar. Esta errancia condicionó su vida y su literatura.

He comenzado estas líneas reconociendo que no es fácil encontrar una categoría para un viajero como Rilke. Nosotros reconocemos en el siglo XX una amplia estirpe de términos que están relacionados con la idea de viajar. Se habla de aventura, de peregrinación, de punto de partida y de regreso, de pérdida del hogar y de vuelta al hogar. Hay modos y maneras de viajar, y por lo mismo, hay distintas tipologías del viajero. Hay quien deja el hogar y la familia, la patria o el municipio, de un modo provisional, con la intención de volver. Hay quien no tiene esa intención porque ha roto las amarras que lo unían al lugar de nacimiento, quizá porque nunca tuvo hogar y porque su única referencia sedentaria, como dice Eugenio Trías, es un recodo del camino.

Rilke pertenece a esa especie de seres humanos para quienes el viaje despierta una fecunda capacidad para el asombro y despierta eso que Trías llama el «nervio filosófico». El asombro, que tan fácilmente se pierde en la vida cotidiana, se recupera en el viaje, porque uno se halla cerca y lejos de sí mismo. Uno queda lejos del hogar o la ciudad en la que se siente reconfortado por el sospechoso disfrute de un determinado nombre propio. Algunos de los escritores que no se han limitado a contar «la realidad interpretada», como decía Rilke, han sido viajeros. No es infrecuente que las grandes preguntas sobre la vida provengan, en el siglo XX, de escritores de la periferia, no del centro. El centro es el lugar de la academia, la escuela, es el lugar del poder y las influencias, el mundo que irradia la seguridad. La vida y la literatura se ven de otra manera desde los márgenes. La nómina de autores que han escrito su obra fundamental en el exilio, en los márgenes del imperio, es abrumadora.

La ciudad, el ágora, han cambiado de manera radical en los últimos cien años. La ciudad medieval poseía individualidad, nombre propio y por ello, como dice Trías, rezumaba *aura* en el sentido benjaminiano del término. Subrayaba su singularidad mediante el trazado de la muralla que marcaba el abismo existente entre el interior y la intemperie. El individuo poseía un nombre propio, que cobraba relieve en virtud del hecho de pertenecer a una stirpe, a una ciudad o a otra. Se era, ante y sobre todo, florentino y veneciano, ateniense o tebano. Primero era el nombre de la stirpe, luego el propio. Pero hay muchos autores del siglo XX que no deben entenderse a partir de este modelo. Las guerras, la miseria, las dictaduras han forzado a muchos autores al exilio. Es bien sabido que varios maestros hispanoamericanos han escrito el grueso de su obra fuera de su país de nacimiento. En la trayectoria vital y en la literatura de Rilke se percibe que no hay stirpes o ciudades que especifiquen su individualidad. Al igual que tantos autores del siglo XX, Rilke necesita viajar para sentirse en contacto con las cosas, consigo mismo. Tal es su paradoja, y también la de muchos que vivimos en urbes que no significan absolutamente nada. El llamado hogar de la ciudad significaba para Rilke extravío.

Los griegos filosofaban en el ágora, los florentinos junto al río Arno. Lo mismo puede decirse de los filósofos que pensaban en Heidelberg, en Weimar, en Tübingen. Pero mediado el siglo XIX se filosofa también en el exilio y desde el exilio. El pensador que se exilia, el que viaja y pierde el centro, el poder, no es infrecuente. Al igual que en el caso del filósofo, pienso en el viajero. Algunos se extravían en una *selva selvaggia*, pierden o ignoran el hogar, el centro de gravedad. Joyce, Beckett o Rilke son los vates que nos cantan esa modalidad trágica de vate y viajero.

BIBLIOGRAFÍA

La obra de Rilke ha sido traducida casi completa al español y en el caso de algunas obras, como las *Elegías* o los *Sonetos*, contamos con más de una versión. Falta el traslado completo de sus cartas, pero se han traducido las que envió a algunos de sus más fieles correspondientes (*Cartas a un joven poeta*, *Cartas a Benvenuta*, *Cartas francesas a Merline*, etc.). En la traducción y selección de José María Valverde titulada *Obras de Rainer Maria Rilke* (Barcelona, Plaza & Janés), pueden leerse también algunas cartas.

ANDREAS SALOMÉ, Lou, *Rainer Maria Rilke*, Frankfurt am Main, Insel Verlag, 1993.

— *Russland mit Rainer*, Marbach, Dt. Schillerges, 1999.

ANGELLOZ, J. – F., *Rilke*, Buenos Aires, ed. Sur, 1955.

BARJAU, Eustaquio: *Rainer Maria Rilke*, Barcelona, Barcanova, 1980.

— «Rilke», en *Lecciones de literatura universal*, coord. Jordi Llovet, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 835-843.

BAUER, Marga, *Rainer Maria Rilke und Frankreich*, Bern, Haupt, 1931.

BERMÚDEZ CAÑETE, Federico, *Rilke, teoría poética*, introducción, selección y traducción de F. B. C., Madrid, Júcar, 1987.

BOLLNOW, Otto Friedrich: *Rilke*, Madrid, Taurus, 1966.

BUTLER, Eliza Marian: *Rainer Maria Rilke*, Buenos Aires, Poseidón (1943) [1941].

EPP, George K., *Rilke und Russland*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1984.

FERREIRO ALEMPARTE, Jaime: *España en Rilke*, Madrid, Taurus, 1966.

— *Epistolario español*, prólogo, introducción y versión de Jaime Ferreiro Alemparte, Madrid, Espasa Calpe, 1976.

GUILLÉN, Claudio, «De influencias y convenciones» en *Teorías de la historia literaria*, Madrid, Espasa Calpe, 1989 [1979].

HOLTHUSEN, Hans Egon, *Rainer Maria Rilke*, Madrid, Alianza Editorial, 1968 [1958].

ROBINET DE CLERY, Adrien, *Rainer Maria Rilke. Son oeuvre*, Paris, PUF, 1958.

SALIS, Josef R. von: *R.M. Rilkes schweitzer Jahre*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1975.

THURN UND TAXIS, Marie von: *Recuerdos de Rainer Maria Rilke*, Barcelona, Paidós, 2004.

TRÍAS, Eugenio: *Drama e identidad*, Barcelona, Destino, 1984 [1974].

WOCKE, Helmut, *Rilke und Italien*, Giessen, Giessener Beiträge zur deutschen Philologie, 1940.